JUZGAR

Por las Apariencias.



JUZGAR

POR LAS

APARIENCIAS.

COMEDIA EN TRES ACTOS

Y EN PROSA.

Por D. Fulgencio Benitez Torres,

SOCIO FACULTATIVO DEL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO
DE MADRID.

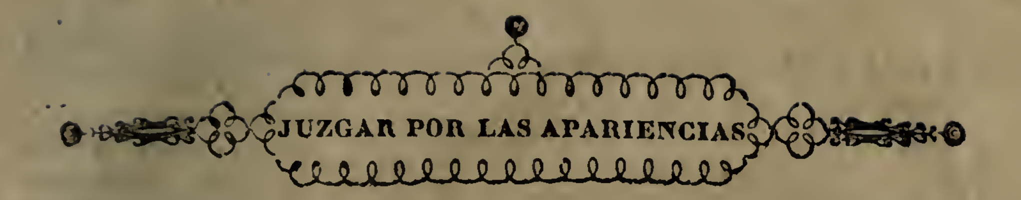


MADRID,
Imprenta de Albert.
1840.

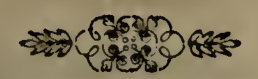
PERSONAS.

LOPEZ. | Padres de
DOÑA LEONOR. |
MATILDE,
FNRIQUE.
MR. VERTON.
D. ANTONIO..
JORGE.
TERESA.
JUAN.
ALDEANOS.

Se hallará en la libreria de Boix, calle de Carretas. n. 8.



ACTO PRIMERO.



El teatro representa la habitacion principal de una casa de campo. Puerta al fondo, y otra á la derecha del espectador, y una ventana á su izquierda, desde la que se descubre un bosque.

ESCENA I.

JUAN.

Pues señor, ya todo está dispuesto y á pedir de boca..¡ Gracias á Dios que vamos á pasar un día alegre.

TERESA.

Sí... un dia alegre... Con todo quisiera yo que no llegase.

JUAN.

Lo creo, porque tú has sido siempre enemiga de que tu marido se divierta un rato. Temes que en la noche de la boda me esceda algo, no es verdad? Pues no tengas miedo,... te prometo no beber mas que lo necesarío para emborracharme.

TERESA.

No piensas mas que en tí. Eres un egoista, Juan!.. Con tal de que tú te diviertas, nada te importa que los demas se mueran de pena.

JUAN.

Eso no... al prógimo como á tí mismo... Pero en una noche de bodas todos son felices. Y una boda como esta..¡ bien la necesitábamos. Desde que el amo se arruinó, en esta casa

todo ha sido lágrimas y mal humor... Algunas veces cuando todos lloraban, y yo reia, me llamaban bestia, animal, insensible y otras mil cosas con que se te antojaba regalarme... Pues era que yo acá tenia mis esperanzas... Una niña jóven y linda, me decia yo, es un recurso para un padre necesitado. Se le busca un novio que la dote bien, se casan, y con el suegro y la dote vuelve otra vez la abundancia y la alegría.

TERESA.

Ya, como tú te casaste conmigo porque trabajaba mucho, crees que todos son lo mismo. Pero la señorita Matilde tiene dado su corazon al Sr. Enrique, y no puede ser feliz con otro hombre. Mucho me temo que esta boda hecha en seis dias nos ha de ser funesta.

ESCENA II.

Entran por la puerta del fondo DOÑA LEONOR *y* MATILDE.

DOÑA LEONOR.

Un coche acaba de entrar en el sendero de la quinta... salid y que á su llegada todo esté dispuesto. (*Se van Juan y Teresa.*)

ESCENA III.

DOÑA LEONOR.

Matilde mia! por Dios... Es necesario que no se noten en tu rostro esas señales de tristeza. Yo sufro tanto como tú, porque soy tu madre, y una madre que te quiere. Pero, hija mia, las circunstancias no nos permiten obrar de otra manera. Cuando éramos ricos pensábamos conservarte siempre á nuestro lado, y que si algun dia te separabas de él, fuese para seguir la suerte de Enrique, que es un buen muchacho, á quien hemos criado como á un hijo... Pero hace un año que tu padre hizo una quiebra considerable, y todos los esfuerzos que despues ha hecho para mejorar su fortuna han sido inútiles. Tú sabes que los últimos restos de nuestro patrimonio iban á ser vendidos para satisfacer á nuestros acreedores, cuando Mr. Verton, el principal de ellos, propuso á tu padre un enlace con la familia, obligándose no solo á perdonarle las inmensas sumas que se le deben, sino á pagar á todos sus acreedores.,. Ya ves, tu padre me lo escribió, y yo te lo propuse... tú accediste á ello, y él va á llegar con Mr. Verton..

Si nota en tu semblante esa tristeza, si ve esas lágrimas... créelo; preferirá arruinarse á violentar la voluntad de su hija... y entonces nuestra suerte...

MATILDE.

No, madre mia! No tiene V. necesidad de hablarme ya de nuestra suerte... la sé y procuraré remediarla. Ni mi padre ni Mr. Verton verán estas lágrimas que á mi pesar corren por mis megillas.

DOÑA LEONOR.

Abrázame, hija mia! Tu sacrificio es muy generoso, y él me paga cuantos desvelos he tenido por tí. Dios es justo, y bendecirá tu union haciéndote dichosa. (*Entra Lopez con Mr. Verton.*)

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR.

Esposo mio. (*Se abrazan.*)

LOPEZ.

Querida Matilde!

MATILDE.

Padre! (*Se abrazan.*)

LOPEZ.

El caballero que tengo el gusto de presentar á ustedes, es Mr. Verton, mi protector y amigo. Sin su generosidad quizá nunca hubiera llegado el momento de abrazaros.

MR. VERTON.

Para mí ha sido un placer hallar ocasion en que poder ser útil á mi amigo, mayormente cuando se me proporciona tambien la de ser feliz.

LOPEZ.

Hemos corrido toda la noche, y Mr. Verton necesita descansar.

DOÑA LEONOR A JUAN.

Conduce al señor á su cuarto.

MR. VERTON.

Dentro de un rato hallaré á VV. repuesto ya de las fatigas de un viage que el deseo de encontrarlas ha hecho mas precipitado que lo que en otra ocasion hubiera sido. (*Se retira Juan y Mr. Verton.*)

ESCENA V.

LOPEZ.

Querida Matilde, ven á mis brazos... Eres un ángel... Has salvado á tus padres del deshonor y la miseria.

MATILDE.

Padre mio! he cumplido mi deber, y me resigno gustosa á este sacrificio. Pero Enrique...

LOPEZ.

Enrique! no le veo... qué dice?

DOÑA LEONOR.

Hace ocho dias que emprendió un corto viage, del que mañana ó tal vez hoy mismo volverá.

LOPEZ.

Enrique me debe aun mas que tú, hija mia! Le he criado á mi lado y prodigado iguales desvelos que á tí. Conozco que él no tiene un genio dócil, ni un carácter apacible como el que te ha dado el cielo. Pero ya es un hombre, y con el talento necesario para conocer la posicion en que nos hemos encontrado, y para saber apreciar el sacrificio que tú has hecho. Habiéndole dado tú un ejemplo de generosidad, no creo que quiera mostrarse mas débil que tú, ni separarte de la senda à que tu virtud te ha conducido. Por lo demas estoy tranquilo. Mr. Verton es un sugeto apreciable. No es un jóven, pero tampoco podemos llamarle viejo, porque apenas ha cumplido los 40 años, y esas arrugas que se notan en su frente son señales de sus trabajos, mas bien que de la edad avanzada. Durante su juventud sirvió á su patria con las armas; cuando la restauracion dejó el servicio y se dedicó al

comercio, en el que ha hecho rápidos progresos: despues un asunto particular le ha traido á establecerse en España, segun me ha contado. Hace un año te vió en un baile y se enamoró de tí, y á pesar de sus años ha alimentado una pasion que ni el tiempo ni la ausencia han podido destruir. Con tan felices auspicios espero que esta boda no costará tu felicidad.

MATILDE.

Si pudiera retardarse por algun tiempo, procuraria calmar un afecto que desde mis primeros años he alimentado.

LOPEZ.

Las condiciones de nuestro contrato han sido muy terminántes. Ya sábes que sometidas las circunstancias de mi bancarrota á un tribunal, este no tuvo á bien el legitimizarlas, y mis acreedores tenian por tanto derecho á vender cuanto poseía. Antes que verme deshonrado y á mi familia en la miseria, preferiria la muerte. Estaba resuelto, hija mia, y en el momento en que iba á abandonaros para siempre... Mr. Verton vino á hablarme de tu boda. Tú consentiste, y yo he prometido que esta noche quedaria firmado el contrato. Con todo, si el sacrificio que me has prometido, y que he aceptado gustoso, es superior á tus fuerzas, tiempo es todavía de recoger tu promesa. Viviré deshonrado, tu madre comerá el pan de la indigencia; pero tú serás feliz, hija mia.

MALILDE.

No, no vivirá usted deshonrado: esta noche ó cuando usted quiera firmaré el contrato de mi boda y no seré infeliz... no, padre mio, no lo seré... el placer de haber hecho la dicha de mi familia me consolará de la pérdida de unas esperanzas que por tanto tiempo he alimentado.

LOPEZ.

Adíos, Matilde. El cielo recompensarà tanta virtud. (*Se retira Lopez.*)

ESCENA VI.

MATILDE *sola.*

Enrique no puede culparme, porque él tiene un corazon generoso que sabrá comprender el mio. Puesta entre un

amante á quien se adora y un padre miserable y deshonrado en el último tercio de su vida, ¿podia yo vacilar? No, no, salvarlo del deshonor y la miseria era mi deber, y lo he cumplido. Con todo; cómo podré ocultar estas lagrimas? Una mano yerta y un corazon que arde por otro hombre es lo único que puedo ofrecerle á mi esposo, y tengo que jurarle amor, que separarme de Enrique, tal vez para siempre...

Entra ENRIQUE *en trage de camino y con aire jovial y alegre.*

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Grandemente; eres la primera persona á quien encuentro. Veinte leguas en nueve horas... pero al fin ya estoy otra vez á tu lado; estás pendida elegantemente; cubierta de todas tus galas. ¿ Sabiais mi llegada y habreis querido solemnizarla con algun baile? Perfectamente hecho, y en verdad que merece serlo. No me creerás, pero ápesar de todo, debo decirte que los ocho dias que he pasado ausente han sido insoportables para mí; ocho sigios. En medio de la ciudad y atolondrado con su bullicio, echaba de menos la soledad de esta quinta, recordaba á cada momento los paseos solitarios que he dado contigo en estos campos que tú embelleces aun mucho masque sus flores. Qué sé yo. Un solo momento he tenido de felicidad, y fué aquel en que emprendí el camino para abrazarte. Pero ya estamos juntos, probablemente parano separarnos en mucho tiempo. No es verdad, Matilde? Pero me escuchas de un modo? Estas triste?

MATILDE.

Durante tu ausencia todo se ha mudado para nosotros. Nuestras esperanzas se han desvanecido.

ENRIQUE.

¿Qué dices?

MATILDE.

Esta carta de mi padre, recibida el dia despues de tu salida te enterará de todo. (*Enrique la lee con agitacion.*) (*Pausa.*)

ENRIQUE.

Nada tengo que preguntarte, Matilde, porque tu silencio y la palidez que noto en tus megillas me revelan bastante cuàl es la determinacion que has tomado.

MATILDE.

La misma, Enrique, que me hubieras aconsejado, si te hubieras hallado aqui al recibir la carta de mi padre. Es verdad que nos amamos, y que solo contigo puedo ser feliz; pero qué vale mi dicha cuando no puedo lograrla sino con el deshonor y la miseria de mi familia?

ENRIQUE *con ironía.*

Nuestra dicha no vale nada. Con todo, la honra del hombre á quien vas á engañar deberia valer mucho. Ese esposo á quien te destinan exigirá de tí cariño y un corazon puro; y tú, Matilde, qué vas á ofrecerle? Unas caricias finjidas, y un corazon donde está grabada la imagen de otro hombre. ¿Sabes tú lo que es ser jóven, tener veinte años, ver delante de sí una vida larga y lenta y estar condenada á pasarla al lado de un hombre à quien no se ama? ¿Sabes tú qué inmenso es el sacrificio que has aceptado? ¿Podrias olvidar al lado de ese Mr. Verton à quien no conoces, la felicidad con que hemos soñado desde niños, la que hemos disfrutado juntos? No, Matilde, tú no podrias ser feliz cuando tu Enrique no lo fuera.

MATILDE.

Dios que ve nuestros corazones calmará sin duda este amor que despues de mi casamiento seria criminal.

ENRIQUE.

En una palabra, piensas olvidarme? Y lo crees posible y facil tambien? Pues en este caso nada tengo que decirte. Si no lo oyese de tu boca misma no creeria que una ausencia de diez dias ha bastado para hacerte superior á una pasion alimentada con la soledad y el trato por espacio de tantos años. Ah, Matilde! Esto no es posible, ni yo creo en esos cambios repentinos del corazon. Tú nunca me has amado. Los juramentos y promesas que me hacias eran una

mentira tu amor y tu inocencia una hipócrita burla.

MATIDE.

Ni yo creía tampoco que tu corazon no supiese comprender al mio ; no creía que Enrique , ese hombre á quien amaba por su alma generosa me insultase en el momento mas sublime de mi vida, cuando deberia amarme mas, cuando deberia compadecerme. Qué ! Tú me hubieras dicho , ven , Matilde, dame tu mano, sígueme al altar, y pronuncia un sí, aunque este sí sea la deshonra de tus padres, aunque despues de mi enlace tengan estos que vagar de puerta en puerta mendigando una subsistencia que ya en su edad abanzada no se pueden proporcionar? Querias que los hubiese sacrificado cuando su felicidad estaba en mis manos?

ENRIQUE.

Y te aconseja la virtud asesinarme á mí? Te aconseja el ser perjura? Crees que puedo renunciar á tu mano? ¿Por que nos han unido desde niños, porque nos han dicho amaos , si algun dia habian de romper los lazos que nos unian?.

MATILDE.

Y qué puedo hacer? Quieres que sacrifique mi familia? Mira, Enrique, te conozco bastante y no desconfio de una generosidad que en tantas ocasiones he conocido. Si tú te atreves á descargar el golpe fatal sobre mis padres , si te atreves á labrar la desgracía de ese anciano que ha cuidado de ti en la orfandad, dilo; Mr. Verton está en casa, vé y hazle saber que soy tuya , y yo confirmare con mi silencio lo que tú le digas. *(Momentos de silencio.)* Callas? No te atreves? Enrique mio! comprende al fin la situacion en que me he hallado. Por un lado, tú á quien adoro mas que á mi vida, mi padre miserable y deshonrado por otro...

ENRIQUE.

Bien: de todos modos yo soy víctima, sino tuya, del destino que me persigue. Debes salvar á tus padres, lo conozco; tal es tu deber. Pero tambien yo quiero ser generoso. Casada con Mr. Verton no podríais vivir en paz à mi lado: permaneciendo en esta casa... qué se yo,.. el himno de tus bodas me haría perder la razon, me olvidaría de que tú lo has querido, y veria en tu esposo un rival insufrible, y solo quiza la vist de su sangre me haría salir de mi frenético letargo. No

Matilde, voy á abandonar la casa de tus padres, porque nó tengo fuerzas para ser testigo de tu dicha.

MATILDE.

De mi dicha. Eres muy cruel, Enriquè! Quieres aumentar mis penas... ¿y á dónde irias tú, que eres solo en el mundo y que no tienes mas fortuna que la de mis padres?

ENRIQUE.

Y qué me importa? ¿Qué puede hacerme felíz ya despues de haberte perdido? (*Entra Lopez.*)

ESCENA VIII.

LOPEZ.

Hijo mio! Nada tienes que decirmè, porquè he èscuchado tus últimas palabras, y tu resolucion es generosa y la única en la crisis en que nos hallamos, que puede suavizar tus penas. Debes abandonarnos, sí, porque es justo que no presencies la pérdida de un ángel que en tiempos mas felices estaba destinado para tí. Pero antes de que te marches tengo que hablarte para confiarte un secreto que á tí solo interesa. Matilde, busca á tu madre. (*Se vá Matilde.*)

ESCENA IX.

Mi hija te ama mucho, y sin duda hubiera abandonado la resolucion que salva à su familia, si tú lo hubieses exigido. No lo has hecho, y en esto imitando su generosidad, has probado que eras digno de ella. No te hablaré de las causas que nos obligan á este enlace, porque demasiado las sabes, y no quiero lastimar tu corazon de nuevo con la relacion de unos males que son inevitables. Vas á abandonarnos, y creo que es el momento en que debes conocer tu orígen.

ENRIQUE.

Mi orígen? Me ha dicho V. siempre que era hijo de una hermana suya; que mi madre murió siendo yo niño.

LOPEZ.

Asi ès la verdad; pero nunca te he hablado de tu padre.



Yo pasé los primeros años de mi vida en los mares de América, y á mi regreso habia muerto toda mi familia, de la que solo me quedaba una hermana. La encontré soltera, y desde el primer dia noté en su semblante señales de una profunda tristeza que nada bastaba á disipar. En su rostro pálido se veian dos rosas como el carmin que me indicaron el mal estado de su salud. Esta se fue deteriorando sensiblemente. Se consumia por momentos, y á los pocos meses se destruyeron mis esperanzas pronosticándole los médicos una muerte inevitable. La tisis y la consuncion se habian apoderado de mi pobre hermana. Luego que ella notó su verdadero estado me llamó un dia: estaba llorosa, y me hizo sentar á su lado. Yo procuré tranquilizarla, y me contó toda su historia. Antes de mi venida habia amado á un oficial del ejército invasor. Este habia triunfado de su inesperiencia, y tú fuiste el fruto de aquellos amores. Al cabo de algun tiempo tu padre siguió sus banderas, y nunca mas se supo de él. Mi hermana practicó las mas eficaces diligencias para saber su paradero. Alguno de sus compañeros nos dijo que habia muerto en Waterloo. A los pocos dias de esta entrevista murió tu madre y yo me encargué de tí. Te traje á mi lado, y te he querido como á un hijo: te he educado, y te hubieras unido á Matilde, si la fortuna no me hubiese sido tan contraria. Toma este anillo que era de tu padre, y el retrato de tu madre: es lo que queda de tu familia y lo debes poseer. (*Enrique se pone el anillo y guarda el retrato.*)

ENRIQUE.

La resolucion que V. ha tomado es justa. Ha preferido V. su felicidad á la mia. Con todo le agradezco lo que por mi ha hecho.

LOPEZ.

Enrique, hoy te amo tal vez mas que nunca. Partiré contigo mi fortuna, y en cualquier tiempo mi casa estará abierta para tí. (*Se vá Enrique. Al tiempo de marcharse.*)

ENRIQUE.

Soy tan desgraciado como mi madre. Ojalá que muriese como ella! (*Se retira. Entra Mr. Verton, doña Leonor y Matilde.*)

ESCENA X.

MR. VERTON.

No ha asistido V. à la ceremonia que acaba de celebrar-

se? Matilde ha firmado el contrato de nuestras bodas, y nuestro enlace se verificará mañana. Noto en todos los semblantes una tristeza profunda. No es estraño, cuando uno se ha visto próximo á una gran desgracia, siempre queda en el alma una sombra de tristeza que pudiera decirse que es la huella del pesar.

DOÑA LEONOR.

Vamos à separarnos de Matilde. Ella siente dejar unos padres que tanto la han amado.

LOPEZ (*aparte.*)

Puede venir Enrique, alejémonos de aqui. (*Alto.*) Si VV. gustan saldremos al jardin, mientras se empieza el baile que he dispuesto (*Asomándose á una ventana.*) Ya vienen varios aldeanos. Esta tarde han concluido mas temprano sus labores. Aun queda una hora de sol. (*Se marchan.*)
Entra Juan que coloca una mesa y en ella jarros de vino.

ESCENA XI.

JUAN.

Este es el mundo. Unos rabian y otros se divierten. Cuando uno se arruina, prosperan otros. Siempre ha sido lo mismo. El señorito Enrique medio muerto disponiendo á toda prisa su equipage para irse por esos mundos, y la señorita entretanto aqui divirtiéndose al lado de ese Mr. Verton: y no parece mal hombre. (*Van entrando aldeanos*). Qué muy guapo! Por llevarle la maleta desde el coche al cuarto me ha dado... (*Saca y mira unas monedas.*) Ah! estais vosotros aqui?

ALDEANO PRIMERO. Sí, hemos venido temprano.

JUAN.

Por supuesto. Noche de boda habeis dicho y un baile en la quinta no faltará vino, bebed. (*Les echa y beben.*) Venid, vamos á empezar la funcion para que cuando el amo vuelva que encuentre esto alegre. (*Se van y sale Enrique.*)

ENRIQUE.

Qué tormento!
(*Se oye algazara, brindis, el sonido de una guitarra, y una voz que canta.*)

Que vivan contentos
Entrambos esposos,
Felices, dichosos,
En plácido amor:
En tanto bebamos,
Por ellos brindemos,
Borrachos, cantemos
Del vino en loor.
(*Entretanto sucedian las escenas siguientes.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE.

Qué tormento! Escuchar esas canciones y no poder impedir esta boda! Mansion afortunada donde tanto tiempo fuí feliz; adios! Presencia la dicha de tu nuevo dueño, pero sirve al menos para recordar alguna vez á Matilde que vivo yo.

ESCENA XIII.

Entra DOÑA LEONOR *y* MATILDE.

MATILDE.

Ah! es verdad lo que me dijiste? Nos abandonas?

ENRIQUE.

Si, Matilde. Sé feliz, olvídame. Tú has salvado á tu familia, y esa satisfaccion al menos podrá consolarte. Yo nada tengo, sino un recuerdo muy amargo de tí.

MATILDE.

Enrique mio, no; no te alejes, seré tuya. Ah! no puedo mas. (*Cae desmayada.*)

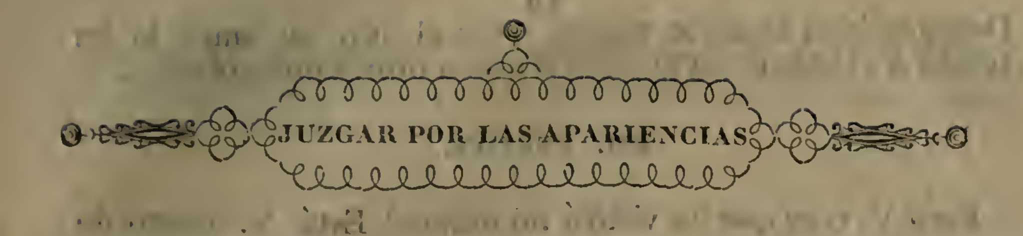
DOÑA LEONOR.

Hijo mio, cumple tu deber. (*Enrique la abraza.*)

ENRIQUE.

Adios, madre mia! Si me detengo me faltarán las fuerzas para partir. (*Se vá.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.


JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

ACTO SEGUNDO.



El teatro representa un gabinete. Al frente del espectador hay una puerta que comunica con otras habitaciones que terminan en un salon de baile. A su derecha é izquierda puertas al interior de la casa.

ESCENA I.

DON ANTONIO.

Cuando V. me habló de su casamiento, nunca me dijo el nombre de su querida. Si lo hubiese sabido, mi amistad habria dictado á V. algunos consejos que probablemente hubieran evitado los disgustos que ahora experimenta.

MR. VERTON

Jamas pude figurarme unos errores del género que V. me pinta. Creia muy probable que en los diez y siete años de su vida que antecedieron á mi boda, hubiese tenido aficion á algun otro hombre, pero nunca me imaginé que hubiesen vivido bajo un mismo techo. Creía que fuese la historia de sus amores la de alguno de esos afectos pasageros que el tiempo y la ausencia borran de la memoria completamente.

DON ANTONIO.

Nada de eso. Ella aceptó la mano de V. por sacar á sus padres del compromiso en que se hallaban. Considere V. ahora si era natural que renunciase á un amor que habia alimentado toda su vida. Enrique se marchó de la quinta en el mismo dia que ella firmó el contrato. Sin duda por no ver á un rival por quien le importaba no ser conocido.

Despues hizo algunos viages, pero al fin su amor le ha traido á el lado de su querida á quien nunca pudo olvidar.

MR. VERTON.

Pero V. cree que ha visto á mi muger? Está V. cierto de que se han hablado?

DON ANTONIO.

Ási lo asegura Enrique, y en verdad que no es estraño.

MR. VERTON.

Si ella me engañase tan vilmente mi venganza seria temible. Y ahora no puedo reconvenirla por un amor alimentado antes de nuestro casamiento, pero si hubiese abusado despues de mi confianza ya esto sería otra cosa. V. sabe que trato de retirarme á Francia, puesto que no hallo al hijo que por tanto tiempo he buscado, pero antes de partír quiero cerciorarme de su criminalidad ó de su inocencia.

DON ANTONIO.

Es un deseo muy justo.

MR. VERTON.

Si V. es mi amigo, debe V. espiar los pasos de Enrique; averiguar sus designios, poseer su confianza y proporcionarme una ocasíon que justifique mis sospechas. El estado en que me encuentro es cruel porque está envenenado por la incertidumbre mas amarga. No puedo dar riendas á mi indignacion porque no tengo ninguna de aquellas pruebas que convencen y con que se aterra á una muger criminal; tampoco puedo vivir tranquilo porque las sospechas...

DON ANTONIO.

Soy amigo de V., y su honra me interesa; espiaré los pasos de Enrique, y V. sabrà cuanto pueda convenirle....

MR. VERTON.

Si ella fuese inocente, será querida como hasta aqui, y

me seguirá á Francia. Pero si los recelos que V. me ha hecho concebir, fuesen por desgracia una realidad, apresuraré mi partida y no la veré mas.

DON ANTONIO.

Descanse V. en mi actividad y celo por servirlo.

MR. VERTON.

Adios. (*Se va.*)

ESCENA II.

DON ANTONIO *solo.*

Si hallaras las pruebas que deseas, verás á Enrique á los pies de tu muger y entonces ya no será despreciado mi amor.--Matilde, voy á vengarme de los desprecios que me has hecho. Perderás à tu marido, pero me encontrarás á mi sumiso, enamorado y dispuesto á ser esclavo tuyo.

ESCENA III.

ENRIQUE.

Decia V. bien, amigo mio. Mi posicion en esta casa es brillante. He sido presentado, he hablado con Mr. Verton á quien he debido mil obsequios. No me conoce ni sospecha siquiera que yo sea aquel Enrique á quien amaba su muger. Matilde al verme se ha inmutado toda. Pero al fin uno y otro hemos disimulado grandemente. Mientras yo bailaba y obsequiaba á otras, ella tenia sus ojos fijos en mi, y toda la noche ha estado triste, taciturna. Hace un momento me acerqué á ella y la saqué á bailar. Oh! nadie puede figurarse lo que he gozado, lo que he sufrido al mismo tiempo. Enlazado mi brazo á su cintura, respirando su aliento. Matilde, la dije: quiero hablarte un momento á solas, en tu gabinete; he concertado mi plan y tomado mis medidas; un amigo de toda confianza observa tus pasos y cuidará de entretener á tu marido. Al principio rehusó concederme esta entrevista; pero cedió cuando la dije, que iba á emprender un viage á América, que iba à ausentarme para siempre.

DON ANTONIO.

¿Y ha prometido venir?

ENRIQUE.

Ahora mismo.

DON ANTONIO.

Descuide V.; Mr. Verton no se separará de mi lado. (*Aparte*). Es perdida. Al fin se van á realizar mis planes. *(Se marcha).*

ESCENA III.

ENRIQUE *solo.*

¡Ah! No me ha olvidado. Cuando la dije que me iba, que tenia que atravesar los mares y morir, quizás, lejos de la tierra que ella habita, su corazon latia con mas violencia y una làgrima de ternura acompañó el sí que sus labios pronunciaban. Al menos ahora podré verla. Este es un consuelo que endulzará sin duda esta vida llena de tormentos.

ESCENA IV.

MATITDE *con Teresa en la puerta.*

Es Enrique, que antes de ausentarse quiere verme un momento; si alguien viene avisa. *(Se marcha Teresa)*

ESCENA V.

ENRIQUE.

¡Matilde mia! ¡Al fin vuelvo á verte! Abrázame una vez.

MATILDE.

Me has hecho sufrir tanto! No esperaba verte en mi casa. Si mi esposo supiese que te he concedido una entrevista á solas! Pero al fin, es la última y durará solo un moemnto. Te vas tan lejos, que no he tenido valor para de-

jarte ir. He querido darte antes un adios; pero un adios inocente y puro, como el que una hermana da á su hermano.

ENRIQUE.

Matilde, perdóname; pero mi viage es un ardid tan inocente como el adios que quieres darme: Si supieras cuántas penas he sufrido desde que nos separamos. He viajado; en el tumulto de las grandes ciudades he procurado ahogar mi pena. ¡Inútiles esfuerzos! Tu imagen estaba de dia, de noche y á todas horas delante de mis ojos; me seguia á todas partes, como una sombra venia detras de mí. ¿Qué habia de hacer? Volver á tu lado. Está casada, me decia yo; pero al menos tendré el placer de verla, aunque sea desde lejos. La seguiré á todas partes, y alguna vez hallarán mis ojos una mirada suya.

MATILDE.

Qué imprudente eres. ¿Piensas tú que el amor que me tienes no es demasiado fuerte para querer avivarlo con mi presencia? Mira: mi estado me impone deberes bastante rígidos, y no sé, Enrique, si viéndote à todas horas tendria valor para cumplirlos. ¡Si vieras qué débil es mi virtud cuando el recuerdo de aquellos dias felices la combate!

ENRIQUE.

Esas palabras recompensan todos mis tormentos. Quizà me habrá olvidado, al lado de otro hombre, decia yo, tal vez no recuerde á su Enrique, pero vuelvo á hallarte, tan hermosa como siempre, tan enamorada como antes. ¡Ah soy feliz! y ya nunca me separaré de tu lado.

MATILDE.

¿Te olvidas del sitio donde estamos? Hablas de no separarte de mi lado, cuando estos cortos momentos que paso junto á tí tal vez son un crímen? Enrique, huye de aqui, separémonos, un solo momento mas puede comprometerme; que sea esta la última vez que nos vemos.

ENRIQUE.

¡La última vez! No, no es posible. Ten piedad de mis do-

lores. Mira, nunca he atentado contra tu virtud y ahora tampoco lo haré; pero prométeme que nos veremos; prométeme escuchar mis quejas; oir los suspiros de una pasion que lejos de tí crece, y que tu presencia sola puede calmar.

MATILDE.

Bien, será lo que quieras; pero aléjate de aqui. Siento pasos.

(A este tiempo entra Teresa).

ESCENA VI.

TERESA.

Señorita, Mr. Verton viene. *(Se retira).*

ESCENA VII.

MATILDE.

Viene mi esposo. Enrique, somos perdidos. No tienes ya por donde huir. Ocúltate, pronto. *(Lo oculta en un gabinete) (Entra Mr. Verton).*

ESCENA VIII.

(Mr. Verton echando una ojeada sobre la escena). (*Aparte*). Se ha ocultado. D. Antonio me ha asegurado que estaban juntos.

MATILDE.

Esposo mio, has venido á buscarme, notaste quizá mi falta y....

MR. VERTON.

Sí, (*con ironía*) he notado tu falta, y hace algun tiempo que noto tambien en tu semblante una tristeza y un amor á la soledad que me hace creer que no eres feliz

MATILDE.

Es verdad. De algun tiempo á esta parte no estoy buena; siento una cosa que no sé espliearme á mí misma... Con

todo, no puedo llamarme desgraciada. Tú me amas, y yo...

MR. VERTON.

Te amo y quizá no soy correspondido.

MATILDE.

Esa duda me ofende.

MR. VERTON.

Seré franco, y te diré sin rodeos lo que pienso. Hace algun tiempo que yo estoy triste tambien, y la única diferencia que entre los dos ecsiste es que tú no sabes esplicar la causa de tu disgusto, y que yo comprendo muy bien el mio. He dado en pensar en la época que antecedió á nuestras bodas. He creido pudiste conocer á otro hombre, á quien hubieses amado, à quien todavia amarás, y que acaso podria ser esa la causa de la oculta pena que de algun tiempo à esta parte te aflige y que tú no te puedes esplicar. He pensado tambien en las consecuencias de este amor.

MATILDE.

No comprendo qué pueda justificar esos temores...

MR. VERTON.

¿Pero si mis temores fuesen una realidad? ¿Si tú à quien saqué de la miseria y á quien he colmado de beneficios me hubiesen engañado vilmente?....

MATILDE.

¡Por Dios! ¿Qué quieres decirme?

MR. VERTON

Decirte.... Nada. Preguntarte una cosa sola: una muger que hubiese recibido tantos beneficios y que hubiera deshonrado al hombre que se los ha hecho ¿qué pena mereceria? Callas.... quiero saberlo de tu boca. No sé por qué te palideces. ¿Tiene acaso mi pregunta alguna conecsion contigo? ¿Por qué miras esa puerta? ¿Hay dentro de ese cuarto algo que te asuste? Abrámoslo.

MALILDE.

Por Dios. Ten piedad de una desdichada.

MR. VERTON.

Piedad! No comprendo quien la merece aqui. Pero abrámos ese cuarto. (*Se dirige al cuarto que está cerrado.*) ¿Hay alguien dentro? (*Lo abre á viva fuerza y entra. Sale diciendo*) Se ha fugado. Matilde, ya no es tiempo de disimular. Mira esa cuerda que pende de los balcones. ¿Quién estaba aqui?

MATILDE.

(*Aparte.*) Se ha salvado. No sé á qué me lo preguntas. No lo sé.

MR. VERTON.

¿No lo sabes?

MATIDE.

Te juro que soy inocente.

MR. VERTON.

¡Eres inocente! ¿No sabes quién se ocultaba aqui? Pues yo te lo diré. Era Enrique, tu amante antes de casarnos, tu amante, que ha seguido tus pasos, á quien has visto todos los dias.

MATILDE.

Ah! Eso no. No te mentiré. Sí, era Enrique. Enrique, el hombre que mis padres me destinaban, el compañero de mi infancia, al que amaba antes, al que ahora quiero como á un hermano.

MR. VERTON.

¿Quién lo ha conducido aqui?

MATIDE.

El se presentó esta noche en el baile, me pidió una entrevista, me dijo que se iba á América, que dejaba estos paises para siempre, y casi sin escuchar mi respuesta, se dirigió aqui. Yo vine á decirle que se alejase, que fuese feliz.

MR. VERTON.

Si no te conociera, me haria creer esa fábula el candor con que me la cuentas. Si eras inocente, si el objeto de su visita era tan puro, si solo teniais que deciros adios, ¿por qué introducirse clandestinamente, por qué ocultarse, por qué huir en fin?

MATILDE.

Las apariencias me condenan. Con todo es la verdad cuanto te he dicho, y ni una sola palabra ha salido de mis labios que pudiera ofenderte.

MR. VERTON.

Esa tenacidad en negar tu crímen me irrita. No quiero escucharte mas. Retírate.

MATILDE.

Me retiraré; pero soy inocente, y todo tu furor no podrá quitarme el placer de serlo.

MR. VERTON

Ve á tu cuarto, y espera en él mis órdenes.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



El teatro representa un paseo á las inmedíaciones de la ciudad, de la que se descubre parte á la derecha del espectador.

ESCENA I.

JORGE.

Este es el sitio, y en verdad que hemos llegado á él media hora antes de la cita. Pero estás tríste. ¿Tienes acaso miedo? Temes que ese Mr. Verton tenga un ojo tan certero como el tuyo?

ENRIQUE.

No, nada temo. ¡Qué me importa una existencia que debo pasar llorando! Con todo, hubiera querido ver á Matilde. Un solo instante me habria bastado para que supiese mis proyectos, para hacerle conocer que he sido obligado á batirme, para que supiese en fin hasta qué punto pienso ser generoso.

JORGE.

¿Pero te ha sido imposible obtener una entrevista?

ENRIQUE.

Imposible! Desde la noche en que fuí sorprendido á sus pies está encerrada en un convento, en el que es imposible penetrar.

JORGE.

Diablos de marido. Pero al fin no desesperes, porque el tiempo todo lo concluye y con él se vencen los mayores imposibles. Es inútil el separar á dos que se aman: una larga

esperiencia me ha acreditado que para el ámor no hay obstáculo.

ENRIQUE.

Para el mio hay uno solo: la virtud de Matilde y mi honor.

JORGE.

Es mucha tu manía. Despues que ella es una niña criada lejos del gran mundo y con la cabeza llena de preocupaciones, tú que debias disipárselas y allanar el camino de tu dicha, te has empeñado en hacerlo mas escabroso, respetando sus escrúpulos.

ENRIQUE.

Te he dicho ya mil veces mi modo de pensar en este asunto. Ella ha jurado al pie de los altares ser fiel á ese Mr. Verton, y la conozco bastante para saber que no seria feliz quebrantando su juramento. Qué quieres: me he criado junto á ella, participo tambien de eso que tú llamas preocupaciones, y no quiero lanzarla á una carrera que à mi modo de ver es la del crímen; no quiero quitarla ese velo sagrado que la cubre, y que la hace á mis ojos mas bella que las gracias que os fascinan á vosotros.

JORGE.

Con todo, eso no te quitará el hacer una buena puntería.

ENRIQUE.

Te equivocas. He recibido una cita de Mr. Verton; he venido aqui y rehusaré el batirme cuanto pueda.

JORGE.

Ya le tienes ahí.

ENRIQUE (*Dándole la mano.*)

Adios. Tal vez sea ésta la última vez que nos veamos. Si muero procurarás entregar esta carta á Matilde. (*Se la da.*)

JORGE.

Adios. Serenidad y buena puntería.

ESCENA II.

(*Entra Mr. Verton.*)

MR. VERTON.

¿Es V. el caballero Enrique?

ENRIQUE.

Sí señor.

MR. VERTON.

¿Supongo que V. me conoce?

ENRIQUE.

Sospecho que hablo á Mr. Verton.

MR. VERTON.

Supuesto que nos encontramos aqui los dos; no creo tenga necesidad de esplicar á V. el objeto de esta entrevista?

ENRIQUE.

No señor. Me ha sido facil adivinarlo. Con todo, no creo haya motivo para lo que V. intenta.

MR. VERTON.

No cree V. que haya motivo? Le parece á V. poco el haberme deshonrado?

ENRIQUE.

Juro á V. que jamas he tenido semejante idea. Es verdad que quise ver á Matilde; pèro ella nada supò hasta que me encontró á su lado, y si allí la hablé de cariño, fue de un cariño puro, que no está en contradiccion con sus deberes, y demasiado natural entre dos personas que se han criado juntas.

MR. VERTON.

No he venido á escuchar aqui la defensa de mi esposa ni á

sèr engañado de nuevo. Cuanto V. me diga creeré que son pretestos dirigidos á eludir un combate que V. teme.

ENRIQUE.

Sí señor. Temo este combate; no por mí, sino por V. Lo rehuso, porque me es sensible matar á un hombre que no me ha ofendido, y cuyo resentimiento es justo, porque las apariencias me condenan.

MR. VERTON.

Por última vez, caballero. Seguramente estoy inclinado á creer que mi esposa es inocente. Su vida anterior, las protestas que me hace y el informe de mis criados me lo hacen pensar asi; pero nunca logrará V. persuadirme que sus intenciones al penetrar en mi casa fueron puras; asi que bien sea mi esposa inocente, bien sea criminal, V. me ha ofendido, y uno de los dos debe morir en este sitio. Si V. rehusa batirse le tendré por un cobarde, y morirà como merece morir el hombre que habiendo sabido ofender á otro, no sabe esponer su pecho á la venganza.

ENRIQUE.

Basta. Tiene V. armas?

MR. VERTON.

Estas. (*Saca de los bolsillos dos pistolas, y Enrique toma una y se retira.*)

ENRIQUE.

Estamos á distancia. V. que se considera ofendido puede tirar primero.

MR. VERTON. (*Apuntando.*)

Muere infame. (*Dispara y no le da.*)

ENRIQUE.

¿Ve V. aquel àrbol? pues es el blanco de mi tiro. (*Dispara y lo troncha.*)

MR. VERTON.

Vuelva V. á tirar. Esa generosidad me humilla.

ENRIQUE.

Si V. gusta puede repetir su tiro. Por mi parte haré siempre lo que V. acaba de ver.

MR. VERTON.

En mil ocasiones he tenido la muerte cèrca de mí y no la he temido; pero, caballero, no sé matar á un hombre que acaba de darme la vida. Si despues de esta noche se disipasen algunas sospechas que ahora abrigo, me hallará V. pronto à darle mi mano... pero si no, exijo de V. un nuevo duelo... Permítame V. que no me esplique mas.

ENRIQUE.

Si el modo de comportarme que he tenido ès noble y de algun precio á los ojos de V., que sirva para adquirir el derecho de ser creido... le juro á V. que Matilde es inocente. Hasta mañana. (*Se va.*)

ESCENA III.

Salen JORGE *y* DON ANTONIO.

JORGE.

Bien. Te has portado como un héroe. Hemos sido testigos de la escena que acaba de verificarse, y...

ENRIQUE.

No he hecho mas que cumplir mi deber, obrando como me dictaba mi conciencia.

D. ANTONIO.

Amigo mio, yo pienso y hubiera obrado de otra manera...

¡Qué quiere V.! Soy ya viejo, y una larga esperiencia me ha enseñado que la generosidad y la virtud practicadas en este mundo tienen sus inconvenientes como el crímen. Dentro de un instante estará V. arrepentido de lo que acaba de hacer.

ENRIQUE.

¡Imposible! Nunca podrá pesarme no haber asesinado á un hombre que no me ha ofendido, y para quien sois criminal en la apariencia.

D. ANTONIO.

Pues esa generosidad perderá á Matilde.

ENRIQUE.

¡Cómo!

D. ANTONIO.

Ese hombre que ahora debia estar cadaver entre esos árboles, va á clavar dentro de poco un puñal en el pecho de la muger á quien V. ama.

ENRIQUE.

Imposible.

D. ANTONIO.

Oígame V. Mr. Verton ha escuchado tantas protestas de boca de Matilde, que no sabe qué pensar. Su alma está agitada de las mas horrorosas dudas, y su imaginacion le ha sugerido un medio para salir de su incertidumbre, y probar la criminalidad ó inocencia de su esposa. Para esto ha hecho llegar á manos de ella una carta, al parecer escrita por V. pidiéndole una entrevista para esta noche en la huerta del convento, y con la carta ha recibido tambien llaves que pueden facilitarle su salida. Si ella baja á una cita dada por V. es criminal, y su esposo la asesina. Si no bajase se salvaria; pero Matilde bajará, porque la carta ha sido dictada por los celos, y los celos saben fingir la voz de las pasiones, porque los celos han hecho elocuente y persuasiva la pluma de Mr. Verton: bajará en fin, porque la carta termina de este modo: Matilde mia, si no bajas, me daré la muerte.

ENRIQUE.

No prosiga V. Sin duda bajará, y es perdida.

D. ANTONIO.

Si V. oyese mis consejos, aun podria remediarse todo.

ENRIQUE.

¿Cuál es?

D. ANTONIO *le habla al oido.*

ENRIQUE.

¡Un crímen! ¡Ser asesino! Nunca.

D. ANTONIO.

Bien; pero mañana Matilde será un cadaver.

ENRIQUE.

Hombre ó demonio, sin los infames consejos que V. me ha dado, nunca la hubiera visto y ella viviria. *(Se marcha.)*

D. ANTONIO *marchándose tambien y mirándole con compasion.*

Insensato! *(El interior de una huerta que se prolonga todo lo mas que permita el teatro: fuera de la escena y á los lados hay árboles: entre ellos y á la derecha del espectador se ve un ángulo del convento. Hay luna.)*

ESCENA IV.

MATILDE.

No sé qué me intimida; pero el silencio de la noche y esos muros tan sombríos me causan un espanto que nada basta á calmar.

TERESA.

Hija mia, considera que eres inocente.

MATILDE.

Y de qué me ha servido el serlo? El mundo me cree criminal, y mi esposo me llama perjura: sino temiera por la vida de Enrique... Pobre muchacho, cuànto ha sufrido!

TERESA.

Va á ausentarse para siempre. Te ama y quiere verte antes de partir.

MATILDE.

Vé aqui su carta... Cien veces te la he leido ya... Estoy tan trastornada... (*Lee.*) «Mientras yo viva en el pueblo que tú habitas, serás infeliz. He tomado una resolucion generosa. Voy á marcharme muy lejos de aqui. Sí, muy lejos. Al lado allá de los mares. Donde nada sepa de tí. Donde no tengas noticias mias. Donde está mi tumba probablemente; pero antes de irme quiero estrecharte una vez entre mis brazos. Gozar en ellos aquel placer inefable que tantas veces he disfrutado contigo. Matilde mia, un hombre que va á partir á tierras tan lejanas, es un moribundo cuya voz se debe escuchar. Ahí te remito esas llaves, baja, hazme feliz una sola vez.»

(*Representando.*) ¡Pobre Enrique! Se sacrifica por salvarme. Es tan virtuoso, que nunca ha exigido de mí sino un cariño puro como su alma. No bajar seria desconfiar de él. Y rehusarle esta última entrevista, pagar con una ingratitud su conducta generosa.

TERESA.

Ademas, nada tenemos que temer. A estas horas nadie notará nuestra falta. El solo desea un momento para hablarte, es el último y se lo debes conceder. ¿Qué delito hay en despedirse de un amigo de toda la vida, que se ha criado al lado nuestro como un hermano?

MATILDE.

Es verdad, y si no fuese asi nunca hubiese escuchado sus ruegos. Con todo, no sé lo que me intimida. Hace algun tiempo que no puedo sufrirme. Un fantasma horroroso, lleno de heridas y ensangrentado me sigue á todas partes. Si tú lo hubieras visto..!

TERESA.

Hija mia, tu imaginacion y tu desgracia te hacen soñar.

MATILDE.

Yo no soñaba antes, y mi imaginacion era tambien viva como ahora. Te acuerdas de los dias que pasé en la quinta de mi padre, á tu lado, junto á mi madre? Ah! entonces aunque fuese en medio de la noche vagaba por los campos, rodeada de tinieblas, y no veia sino una luna clara y unas praderas llenas de flores; pero ahora desde que estoy encerrada en este convento todo me asusta. Y no lo dudes: no es un fantasma, es una cosa real la que me persigue.
(*Entra por el fondo y detras de los árboles Mr. Verton y Don Antonio dirigiéndose á la derecha.*)

MATILDE.

Anoche, ¿te acuerdas? habia una tormenta horrorosa. Yo me estravié por los claustros, un relámpago los iluminó de repente, y ví allá á lo lejos... sí, Teresa, no fue una vision: eran dos hombres que se mataban.

TERESA.

Sosiégate, Matilde mia (*la toca*), estás quemando: dentro de un momento verás á Enrique: es muy cruel amarlo y que parta para siempre; pero qué remedio! Dios lo quiere y él te dará fuerzas para sufrir. Ven, ocultémonos entre los árboles, aqui tal vez podriamos ser vistas.

ESCENA V.

Entra Mr. Verton y Don Antonio.

D. ANTONIO.

Pronto se convencerá usted de lo que le he dicho, y Enrique mismo lo probará con su presencia en estos sitios.

MR. VERTON.

¿Pero cuál es el objeto de su venida?

D. ANTONIO.

Estando Matilde en relaciones con él, en una de sus cartas le ha hablado de la cita recibida. Enrique ha sospechado la verdad, y no pudiendo por la premura del tiempo avisarla del engaño, ha resuelto venir para salvarla del furor de su esposo en caso de peligro.

MR. VERTON.

Infame! Su generosidad fue un ardid para disipar mis sospechas y engañarme de nuevo; pero no se librará de mi furor. Batiéndome le he probado que soy un caballero que sabe vengar las afrentas que se le hacen de un modo noble; mas puesto que es un infame, que muera como tal. D. Antonio, es V. mi amigo y voy à emplearle en mi servicio; esta huerta tiene dos salidas. V. ocupará una de ellas, y si por alli quisiese evadirse le impedirá V. la salida á todo trance: la otra puerta corre por cuenta mia. Adios. (*Se marcha Mr. Verton.*)

ESCENA VI.

D. ANTONIO.

Al fin se han realizado mis planes, y aun mejor de lo que pensaba. De nada le ha servido el no escuchar mis consejos. Esta noche morirá à manos de Mr. Verton ó quizá á las mias. Salvaré á Matilde del furor de su esposo, que la abandonará para siempre, y cuando se mire deshonrada y sola en el mundo, no tendrá mas remedio que entregarse à mí. (*Se va. En-*

tra en la escena por un lado Matilde y por otro Enrique.)

ESCENA VII.

MATILDE A ENRIQUE.

Cuánto has tardado! Hace media hora que estoy oculta entre esos árboles.

ENRIQUE.

Matilde, vengo á salvarte. La carta que has recibido no era mia, es de tu esposo. Adios y huye de aquí: si te hallase te asesinaria.

MATILDE.

De mi esposo! ¡No era tuya! Estoy perdida, porque he contestado diciendo que bajaria.

ENRIQUE.

Te has perdido, huyè. Tal vez sino te encuentra podràs salvarte. Adios, adios para siempre. Toma el retrato de mi madre: es lo único que poseo. Consérvalo y no te olvides de mí.

MATILDE.

Adios, Enriqué, olvídame. Sé feliz. (*Ella huye por entre los árboles hácia el convento.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE (*mirándola.*)

Esta ès la última vez que la veo; pero qué ímporta, la he salvado. Nada tengo de qué arrepentirme: la he respetado y he cumplido mi deber. (*Se va diciendo esto.*)

ESCENA IX.

Sale MATILDE *despavorida con* TERESA.

Estamos perdidas: la puerta por donde salimos del convento está cerrada. ¿Dónde podré ocultarme?

ESCENA X.

Sale MR. VERTON.

MR. VERTON.

¿Eres inocente? ¿Podrás negar ahora tu crímen?

MATILDE.

¡Por Dios! ¡Piedad!

MR. VERTON.

Un solo momento te queda de vida.

MATILDE.

Soy ínocente. Dios mio, tened piedad de una desgraciada.

MR. VERTON.

Un retrato. Hé aqui las pruebas de tu crímen. (*Se lo arrebata.*) Dios mio! ¡qué veo! ¿quién es esta muger?

MATILDE.

Enrique me lo ha dado. Es el retrato de su madre...

MR. VERTON.

Dónde està Enrique? Cuándo te lo ha dado? (*Suena un tiro.*) ¡Ha muerto mi hijo! Soy su asesino. (*Entra en la escena D. Antonio herido, y dice*) Voy á morir. Matilde es ino-

cente. (*Entra Enrique con una pistola en la mano.*) Dejad esa muger, es inocente. Ese hombre á quien acabo de herír es un traidor: él mismo lo ha confesado.

MR. VERTON.

No temas. ¿Conoces este retrato?

ENRIQUE.

Es el de mi madré.

MR. VERTON.

Y tú eres mi hijo.

FIN.